

YOLANDA
OREAMUNO

De su oscura familia

Y OTROS CUENTOS



Narrativa



Editorial
Cultura

Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de Rubí Véliz Catalán
Editora en jefe: Denise Phe-Funchal

Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala
Una publicación de Editorial Cultura 2023
editorialcultura@mcd.gob.gt

De su oscura familia

Y OTROS CUENTOS

YOLANDA OREAMUNO

BIBLIOTECA DIGITAL EDITORIAL CULTURA

| 06 |

La lagartija de la panza blanca

(Un cuento para hombres-niños de imaginación grande)

Para Kiko Quirós

Dicen que había una vez doña Anacleto. Doña Anacleto dicen que escondió a Morazán. En una cueva. Así negra, seguramente grande, con pedruscos enormes. En el corazón de una montaña. Porque las montañas tienen corazón, de eso estoy segura; de lo que no estoy segura es de conocer a doña Anacleto y mucho menos a Morazán. La cueva desgraciadamente está en Tres Ríos y no en Guanacaste. Tenemos el hábito de buscar todo lo bonito, todo lo pictórico y típico en Guanacaste; pero yo lo siento mucho: la cueva está ciertamente en Tres Ríos. Allí no hay seguramente llanuras que se llenen de barro y agua en invierno y que se rebosen de sol en verano; no hay inmensidades ni montañas que se derramen chorreadas sobre la maravilla de la planicie. No hay todo eso. Pero hay árboles azules con el tronco morado y hay montañas, sí, seguramente. Y hay bonitos rincones de sombra y caminitos pincelados sobre el pasto.

Pero esto es ahora. En «esos tiempos», yo no sé. Porque todo esto sucedía en «esos tiempos» en Cartago. Esto quiere decir una época que se puede situar en el lugar de la

historia que nos guste más; podemos vestir a las señoras de crinolina y tontillo o ponerles camisas de gola. Había, pues, una señora venida a menos. Ahora caigo en la cuenta de que la señora como vino a menos, debió usar primero crinolina y tontillo, y luego camisa de gola. Bueno, no importa. La señora tenía también hijas. Las hijas estaban en inminente peligro. Desde luego. No había plata en la casa. Su equilibrio moral... Bueno, su equilibrio moral amenazaba. Ya se ve. Eran lindas y así... dulzonas, lechosas. Debía ser muy lindo todo aquello. Pero así, o por eso, la señora sufría. Sí. Sufría mucho. Tenía mucho miedo por sus hijas ñatonas y buenazas. Seguramente las rondaban a caballo, y les cantarían serenatas y las muchachas debían mover mucho las enaguas. Y lavaban el piso, porque una debía cocinar, la otra hacía la casa y la otra... Bueno, yo no sé si se puede repartir el oficio sin saber cuántas eran... La señora se fue entonces a la cueva a pedirle al er... Se me olvidaba decir que la cueva tenía un ermitaño. Y era muy bueno, y estaba muy flaco, y hablaba despacito, y en las tardes veía ángeles blancos. La cueva tenía piedras grises y el ermitaño soñaba con Dios.

La señora fue y le pidió. El ermitaño rezó. Siempre rezaba, y rezaba con gran fe. Le dijeron los ángeles blancos...

Y entonces el ermitaño estiró la mano. Una mano de brujo, flaca y pálida, con grandes uñas como ríos en una tierra morena, con tilintes nervios como grandes costuras, para darle lo primero que viera. Antes había estado con los ojos al cielo, muy celestes y muy iluminados, y luego los había bajado resbalando sobre las paredes, sobre toda la tie-

rra, sobre el musgo, sobre las hojas secas, y allí estaba una lagartija.

Aquello era, no había duda, lo que él tenía que darle a la señora. No se le ocurrió seguramente pensar al ermitaño en el poco valor de una lagartija, porque estiró su mano de brujo y la lagartija se puso quieta, agarró con su mano de brujo y la lagartija se puso tiesa, dura, fría y pesada.

La señora hizo con las suyas un nido de recogimiento y credulidad para recibir. Puso los dedos entrelazados. Así... Uno sobre el otro y las dos palmas se ahuecaban cascarosas y rajadas, y los ojos miraron el nido hechos despabilamiento de admiración.

El ermitaño entonces vació la extraña joya: la lagartija cubierta de esmeraldas por encima y por debajo, porque todavía no tenía la panza blanca.

Y ella se fue. Por el camino pincelado en el pasto, por la verja de árboles estatuados contra el caminito. Y fue a valorar la joya donde el viejo avaro que tenía manos de santo. Pero la señora no quería tantos doblones u onzas, o la moneda de «aquel tiempo». Le bastaba con menos; con muchísimo menos. Ella se avergonzaba de la cantidad que se negaba a oír. Entonces el viejo arrancó las esmeraldas de la panza. De la panza para que no se viera mucho y pagó.

La señora puso casa. Las hijas buenazas, ñatonas y que movían las enaguas se casaron seguramente con el caballero que las rondaba a caballo y que les cantaba serenatas por la noche. Y la señora pensó que no iba a necesitar más. Era mucho lo que tenía su humilde felicidad. ¿Para qué más?

Subió al día siguiente por el senderito de la montaña con el nido de las manos hecho unciosa y amorosamente. Un nido de fe hecho con pajitas de cariño y calentado con lágrimas de agradecimiento.

Dicen que el ermitaño cogió la lagartija con sus manos de brujo, y la lagartija dejó de ser fría, inerte y pesada y dicen también que la puso en el suelo y la lagartija echó a andar.

Y también cuentan que desde «aquel tiempo», todas las lagartijas allí en los alrededores de la cueva de piedras grises y musgo verde, por los caminitos de la cuesta de la montaña entre los árboles azules de tronco morado, y por donde la señora subió y por donde la señora bajó, tienen la espalda verde y la panza blanca.

Esto lo cuenta un viejo. De manos de brujo. Y dice que es cierto.

Todo es sencillo y arrullen y tembloroso. Así... Bueno..., suave y tranquilo como debía de ser todo en «aquel tiempo».

Repertorio americano, 1936

Vela urbana

He llegado temprano. Tal vez sólo a la muerte se llega demasiado temprano. Ya estaba en la casa repleta de gente. Desgraciadamente tengo que atravesar el *hall* y hacer una cadena de saludos. Ya empieza también esa incierta y extraña turbación que se me sube como algo marroso a la garganta cuando tengo que saludar. El saludo debe legalmente ir acompañado de una sonrisa, pero resulta que lo hago y cuando ya he vuelto la cara y la persona no se puede dar cuenta de mi buena voluntad, es que revienta esa sonrisa amarrada y difícil.

La pobrecita ha venido subiendo desde el estómago, por la garganta, trepando una escalera de esfuerzo por la boca, en la lengua, y va a parar a la punta de la nariz. No puede con el impulso que lleva quedarse en la boca y sigue hasta los pómulos, y entonces es que la veo, la tonta, la ficticia, la atrasada. Yo creo que la sonrisa se hizo para los ojos y la boca, nunca para los pómulos y la nariz; pero allí se agarra, con desesperación, como un trapo, avergonzada y torpe, se queda allí colgando como una estúpida y no hallo la manera de hacerla bajar. Siento casi deseos de pasarme la mano por la cara para borrar el manchón.

El señor a quien iba dirigido el manchón era de los conocidos, de los que les corresponde la sonrisa entrecasa, de semanear, pero ahí llegó cuando yo estaba frente a una señora a quien siempre le he caído pesada y no se quiso quitar antes de que yo saludara a un señor con quien hay que ponerse seria.

Aquella señora gorda que está parada junto a la vitrola siempre me crea un vergonzoso conflicto íntimo. No la llamo, porque no sé qué nombre se le puede dar, ni la beso ¿o la beso? Ella espera muy sonriente con la cara rajada por una mueca sin dientes, un poco bondadosa. Siento que me va a pellizcar. Yo dudo. No, no dudo. Estoy decidida. Pero, ¿de qué lado se puede besar a una señora con unas mejillas tan agresivas? He decidido que no en lo íntimo. Pero ella ha decidido que sí y repentinamente se pone seria. La seriedad ha bajado un tanto sus carrillos, ya está más sensible. Sin embargo, yo insisto en que no. Pero qué le voy a decir. Le voy a dar la mano. Ella no espera ese gesto y me agarraría de la cintura con seguridad. Un abrazo es más difícil todavía y en un arranque de coraje, cierro los ojos y estiro la cara. ¿Es esto un beso? Es más beso sacarse la lengua y este me supo a pelo de maíz.

Estoy triste. ¿Qué se hizo mi sonrisa? La pobre y ridícula sonrisa que me costó tantas contracciones del esófago. Pero debo empezar otra vez...

Allí, en aquella silla en el comedor, creo que estaré mejor para esta noche interminable. La toco y me convengo de

que es bastante aceptable. Tomo posesión definitiva de ella. Estoy cerca de la puerta y en contacto directo con un chiflón.

En el cuarto siguiente, pasando el zaguán, hay tres camas y también una silla y mucha, mucha gente. Allí están los que lloran. No me siento en ánimo de llorar y prefiero quedarme en el comedor. La gente que está en las camas ya no cabe allí. Han colocado caritativamente en ellas a los parientes más cercanos y algunas mujeres defienden encarnizadamente su puesto pensando, con mucho acierto, que es muy incómodo dormir en una silla.

Nadie tiene compasión de aquella chiquilla que llora desesperadamente con un hipo húmedo. Le dicen frases y le hacen cariño en la cabeza y le arropan las piernas con cualquier toalla. La señora de la sonrisa está sentada a la cabecera. La chiquilla se le acurruca y le pregunta insistentemente que por qué se murió su mamá.

Ahora es ella suavemente maternal. Si no le dijera nada su compasión sería perfecta. Se le ha suavizado la cara y su mano tiene electricidad cuando acaricia la cabecita rubia y llorosa. La chiquilla casi se ha dormido. La señora tiene muchos hijos, seguramente por eso su compasión es suave, tierna y efectiva.

Los demás lloran y lloran... Me he vuelto al comedor y empiezo el décimo cigarro. Son las nueve de la noche y comienzan a circular rondas de café tinto para sostener el desvelo. En la cocina no se hace más que café.

Sí, se hace algo más. Hay mujeres afanosas que llenan bolsas, que sirven galletas y despachan sirvientas. Ellas

probablemente se pasarán la noche en eso. Nunca han entrado en esa cocina, pero ahora son señoras de casa en actividad. Con agilidad y soltura se desenvuelven dentro de una aureola de responsabilidad. Se deben sentir horrorosamente responsables y maternales. Nos están cuidando a todos con insistencia, con tenacidad. Algunas creen merecido un descanso y se sientan alrededor del moletero, con café y galletas desde luego, a contar cuentos de espantos y de tristezas, y a arreglar con una consciente suficiencia la situación de la familia que arriba está llorando. Se sienten terriblemente cómodas en la cocina con su cargo, ese cargo que se arrebatan unas a las otras con desesperación. Tienen que quedar muy bien indudablemente.

Yo he decidido con un profundo sentido de ética no tomar café. Me vuelvo a acomodar. Enfrente hay uno de esos antipáticos relojes de pared que dan las horas y cantan una piecita. La cuarta parte, quince minutos: la toca y uno se queda pendiente esperando el resto. Es como si la hubieran cortado de un brusco tajo. Hay que esperar otro cuarto de hora... ¡Qué largo! La piecita sigue en vías de realización. Ahora... No. No termina todavía y mi espera es ya ansiedad. Nunca había estado esperando una majadería tan grande como esta. La aguja camina despacito, despacito. Mi corazón quiere coger el compás del tic tac.

Siento que algo me mueve las piernas y casi me hace cosquillas. Está temblando. Yo tendré que salir corriendo con lo bien acomodada que estaba. Pero no. Es demasiado rítmico este golpe en mis piernas. Ahora lo siento en los

brazos y en la espalda. Es mi corazón que está como loco porque no puede alcanzar el reloj. Ya otro cuarto de hora y la piecita está completa, sólo le falta un pedacito muy chiquito. Pero de tamaño suficiente para llevarme a la desesperación. ¡Maldito reloj y maldita piecita y maldito tiempo! Y no pasa. Se debe estar burlando de mí. Entre más me excito más pierdo terreno en esta lucha con el reloj. Más me descompaso. O se descompasa mi corazón que me sacude como un idiota. Me turbo, he perdido el compás nuevamente como algunas veces al bailar. Trato de encontrar alguna excusa absurda para dársela al reloj que ya no se ríe a carcajadas sino entre dientes, entre el diente postizo y sucio de su péndulo. ¡Qué vergüenza! No sé cómo salir del apuro. Vuelvo a ver el reloj. Pero si yo no tengo la culpa, fuiste tú por insistir en llevar el mismo son. ¿Quién dice que todo debe ir a cuatro tiempos? Hace mucho que no hacía esto. Debe ser por falta de costumbre. Más bien, nunca lo había hecho antes.

Estas disculpas sólo logran aumentar mi turbación. Creo que un color se me va y otro se me viene.

Tal vez el reloj me compadece porque en ese momento toca la piecita. Es un airecillo un tanto marcial. Creí que me iba a quitar este peso de encima, pero no. ¡Qué de tonteras! Casi lo mejor es no pensar en el reloj. Me ha dejado en ridículo y la piecita está tan sin terminar como en el primer cuarto de hora.

No estoy sola en el comedor. Hay dos o tres personas sentadas aquí. Nadie le ha tenido apego a este cuarto. Debo de ser, yo sospecho, porque el ataúd está en el cuarto de en-

frente. O casi en el mismo cuarto. Este comedor está unido con el otro por un arco y allí atravesado está el ataúd. Gris. Con una enorme corona roja a los pies. Casi parecería una ofrenda de amor. Pero las coronas tienen también forma de corazón. Está terriblemente bella con el fondo opaco de la estancia.

Pero he visto esta noche algo más bello y más grande. Tan grande que me sentí microscópica al lado de esa muchacha. Es hija también. Está aquí sentada conmigo. Hay una sorprendente serenidad en su cara. Se para a veces, demasiado a menudo, con suavidad. Tiene en ese momento una expresión casi alegre: no sé si del todo, pero llana, clara. No ha llorado ni llorará. Atraviesa el comedor. Ya yo sé lo que va a hacer y casi me da un escalofrío, de los que dan cuando se está en un lugar muy alto. Camina con elegancia. Está bien con la paz y serenidad de este cuarto. No lleva ningún apresuramiento, pero va derecha. La sonrisa al llegar es casi de satisfacción. Abre la tapa de madera del ataúd y con la sonrisa y con la mano y con los ojos le hace cariño a la muerta. Tiene el dolor grande esta muchacha rubia. Se siente uno contagiado de tanta paz, de tanta serenidad, de tanta calma.

Cuando alguien dijo a su lado y mirando a la muerta que pobrecita, ella con una sorpresa ingenua en la cara contestó: ¿por qué? Y como razón terminante: si ya se curó. Ahí se está una, dos horas hasta que alguien rogando que no se maltrate la arranca del sitio. Si no se está maltratando, no

sería acorde la mortificación con esa posición de grandeza. La gente dice bajo que no tiene sentimientos. Y yo diría alto que quisiera tener tan vasto y limpio el querer.

Cuando se sienta habla con nosotros de cualquier cosa. Hay tanta limpidez en su cabeza como en su interior. No existe sofocación en ella. Comenta, razona. Es la única que ve claro la manera de arreglar las cosas.

Mi admiración es casi un nudo en la garganta. Siguen hablando y yo sigo fumando. Ella después de un rato se vuelve a levantar.

Una de las muchachas es ahí un retrato de abatimiento y congoja y debilidad. Está tan pálida y delgada y descompuesta. Yo siento la misma compasión caritativa de las señoras de la cocina cuando reparten café.

Voy al cuarto de las camas y pido un sitio para ella. Tengo que movilizar a una señora. Esa, la que está durmiendo desde las ocho. Con gran satisfacción respira hondo a todo lo largo de la cama, respira desde la cabeza a los zapatos. La almohada (porque hasta almohada consiguió) debe estar blanda y calentita. ¡Porque duerme tan bien! Da una vuelta. De cuando en cuando abre un ojo. Escruta el horizonte a ver qué conviene decir. Abre el otro ojo. Quiere y hace desesperados esfuerzos porque creamos que ha estado velando. Por eso es que en cuanto despierta habla, trata de ensartar a la conversación una frase que parezca continuación de alguna anterior. Borra el tiempo de un brochazo y corre a alcanzar a los demás. Debe sentirse un tanto perdida, avergonzada, tal vez dudará sobre lo que pudo hacer mientras

dormía. Vuelve a ver las caras que la rodean. Se pregunta si aquella será una expresión irónica. De la turbación sólo se sale hablando, hablando atropelladamente. Entonces ella con un rebote de optimismo llora (en ese momento cree oportuno llorar) y comenzando con puntos suspensivos o con «y» para que parezca no estar desconectada su frase de la conversación general, dice entre parpadeo y parpadeo: «... y tanto le pedí a Dios que se muriera siquiera el lunes (el sábado se casaba su hija) y no me lo quiso conceder».

Una lágrima, un suspiro y se vuelve al rincón. Ya está dormida otra vez.

Yo dejo concluida mi obra de caridad y regreso al comedor.

Son las dos de la mañana. Cuando se viven las horas sin nada qué hacer, el tiempo es vida pura. Las manos están en el regazo, el alma corre. Cada minuto vale no por lo que se puede hacer en él sino por sí mismo. El tiempo es el personaje total de nuestra escena. Todo se vuelve reloj en el organismo a esta hora. Voy de un cuarto al otro. El que no duerme acostado, cabecea sobre una silla. Ya el decoro de la posición se perdió hace mucho rato. La idea de dormir es obsesión en todas las cabezas. La noche late como un inmenso corazón.

No debe pasar nadie por la calle, debe estar oscura y negra, el pavimento tiene que haber retirado su dedo blando de enfrente de la casa. Los dos pinos deben no ser, en esta soledad y silencio. Los pinos más que belleza son musicalidad; un pino sin viento no sería un pino. Porque no hace viento

esta noche, no sé por qué conducto extraño nos llega este frío intenso, húmedo, casi lloroso. Debe ser que el aire se ha congelado en indiferencia sobre la casa y sobre los pinos.

Salgo al corredor. Sí hay luna, una luna pequeña y miedosa. Cuando yo llego ella se mete en la boca de dos nubes. Pero ya salió otra vez. Casi no se piensa en una hora como esta. Es una situación extraña, yo no sé si estoy pensando. Tal vez estoy pensando que no pienso. La calle, las casas no dicen ningún significado para mí. Todo está diluido dentro y fuera en una vaguedad anónima. Casi no se siente la vida. Es así la muerte. Este no sentir.

¿Estaré parada o sentada? No tengo ninguna pregunta que hacerme a mí ni al exterior. Todo es densamente pesado. No me he movido hace mucho rato; creo que no podría hacerlo. Sólo puedo pensar en el posible movimiento. La pierna está rígida contra el suelo, los brazos en la baranda del corredor, las manos no sé ni dónde. ¿Si quisiera moverme podría hacerlo? ¿Responderán mis músculos dormidos a voluntad? ¿Pero tengo voluntad? ¿Tengo deseo de moverme? Creo que no. ¿Se me habrá muerto el cuerpo? Mi mano se ha movido y no necesitaré voluntad para hacer este movimiento. Creo que no es esta mi mano. Debe ser la de alguien que no conozco porque la mía, la que yo tenía, está apoyada ahí sobre la baranda. Estoy segura. Si volviera a ver se me dibujaría su silueta tan conocida contra la madera. Pero no volveré a ver. Mi cabeza está muy bien así sobre los hombros, en aquella posición que ya no recuerdo ni cuál pueda ser.

De pronto veo mi mano ante mis ojos, contra la luna. ¿Cómo se vino hasta aquí sin que yo lo notara? No hay duda. Es mi mano. Se ve casi esquelética contra el fondo de noche, casi creería que unas venas azules y finas están allí. Pero prefiero no ver nada. Mi mano se va otra vez porque seguro no quiso sentir detrás de la luz cruda del amanecer que empieza.

Me voy para adentro. Contra lo que pensé no me ha costado nada este movimiento total de mi cuerpo. Creo que me empujó un viento demasiado frío.

Me siento otra vez en el comedor. Ya no está tan solo. Hay varias señoras tratando de conseguir público para un rosario que nunca se rezó y luchando más vanamente aún con el sueño. Yo las miro y casi no las conozco. ¿Son las mismas de anoche? Ya casi no las veo. Tengo neblina de la madrugada que he cogido en el corredor seguramente. Concreto mi poder óptico. No las veo. ¿O las veo? ¿Están realmente allí enlutadas y soñolientas? ¿Me habré dormido yo también?

No me he dormido y sé que no he tomado café en toda la noche.

San José, Costa Rica.

Repertorio americano, 6 de marzo de 1937

Insomnio

La noche se siente como un organismo vivo. Tiene su voz, es el silencio, tiene su corazón, es el reloj que neciamente sigue sonando a pesar de estar ahogado por unos almohadones, tiene sus ojos, sombras y luces ausentes de colorido, fantásticas contra la pared muda.

Estoy acostada, los brazos cruzados son un plomo que no pesa contra el cuerpo. No sé, pero son infinitamente densos y grandes como los brazos de un animal enorme, y son pesados, pesados, pero no aplastan, no se sienten; se adivinan, se saben. Como se sabe que todo es horizontal de noche; como se sabe que las cobijas están tibias dentro de la zona del calor propio, pero que si se mueve una pierna serán frías y extrañas. Los ojos inmensamente abiertos quieren cerrarse, pero los párpados parecen no pertenecerles y responden con un temblor convulso y afiebrado. No se pueden cerrar, es inútil. No ven, no se sienten; los ojos sólo están extrañamente abiertos. Debe ser el sueño. No. Es el insomnio que llega.

Resignadamente me preparo para las largas horas y para no oír la voz del silencio, y para no sentir el corazón del reloj que sigue sonando, y para no ver los ojos de la sombra.

Para ser muda y ausente, para dejar que las cosas pasen y que las cosas corran.

Pero el viento pasa y viene a cantarme. Quiero no ir. Se centuplica la sensibilidad de los cartílagos, se multiplica la vibración de la sangre. No quiero. Vegetales extraños crecen en el alma. No. Todo es una enredadera inmensa y multiforme. Enredada horizontal trasera de sombra.

Viene una ola negra y densa o una ola silenciosa y callada. O una cosa sin forma ni nombre que envuelve. Todo es un zumbido y repercusión. Es algo que se adivina ya por el fondo de la calle, que viene avanzado con gravedad de procesión en manifestación para el cuerpo esta noche vegetal y para los ojos, esta noche, independientes.

La voz de la noche comienza a oírse conmigo y a pesar de mí.

Es el viento. No. Son los árboles. Sí, es el viento.

Estoy segura de que viene ahora chupando la tierra porque tiene sonido de algo resbaloso y acariciante que pasa como una capa torera en una verónica, ahuecado y espectacular.

Las cosas que se oyen se pueden convertir en forma palpitante, porque el viento que oigo ya no es verónica torera, es una larga cinta insinuante. Es una cinta que se ha metido por el portón de algún patio y vertiginosamente se pega, sanguijuela ascendente, a la parte baja del tronco de un árbol. Del que está en el centro de un parque de la esquina. Del que está parado solo e indefenso y tiene la copa pulposa, del que tiene forma de esponja a la que le hubiera salido un

brazo para agarrarse a la tierra. Llega y se pega, silva y al extremo de la cinta se arrolla sin soltar su presa para arriba hasta la esponja, hasta el sistema nervioso del árbol, hasta la copa densa y verde. Cuando llega arriba (¡qué poco le ha costado subir!, dan ganas de reírse tanto), cuando llega arriba, se suelta, de abajo siempre tenso y brillante y con el mismo vértigo que subió se desenrolla para quedar como bandera en el techo, bamboleando frenético su impulso. Después se desprende suavemente, negando su arrebato, suavemente, en son de burla, bailarín y genial. Y comienza a trenzarse en las ramas, en las hojas, se resbala por aquella lisa, se tuerce en otra como un gato jugando con su cola. ¡Ya se la va a coger! ¡Está larga la cola del hocico! No, si no era el gato, si se les había olvidado, si era bailarina y se alza en salto elástico, como una llama que rebota y cae sobre el árbol puntudo. Al brincar era duro, al llegar es gelatinoso, ha perdido su esqueleto, y cae hecho líquido espeso sobre el árbol, coposo, resbalante, en gotas, hecho elemento, hecho peso.

Ahora es en el zinc. Esta maldición de las casas baratas. Se mete ¿por dónde no se mete el viento? En las rendijas, entre la teja y el parche. Se hace filoso, cortante. ¡Cuchillitas de viento melodía de vasos de agua, marimba de la noche!

Infla como una vejiga ese trapo, de noche cortina y de día tapete, que cuelga en la ventana. ¡Extraños dibujos de trapo! Nunca los había visto. ¿Pero es que esta noche lo veo todo? Una cruz, que una equis, un cuadrado que es un parque, unas listas que son caminos. Caminos que da la fantasía para el globo del viento. Lo infla hacia adentro y

luego hacia afuera. ¿Cómo hace? No es que se ha metido en mi cuarto, es que es chupar la ventosa de la tela colgante. Y de refilón sin quererlo y sin saberlo se mete en el cuarto.

Seguramente es el intruso el que ha pintado en la tiniebla del techo tres dedos blancos, cadavéricos, de muerto. Cierro los ojos, para no ver los ojos del muerto. Cierro los ojos. Pero sigo viendo, yo no sabía que e podía ver con los ojos cerrados. Primero una niebla azul de fuego fatuo, luego un rombitito, luego millones y miríadas de rombitos, como en las litografías vistas de muy cerca. Los rombitos se coagulan, se mueven y giran, cambian de colorido como un camaleón y se hacen tres rayas entre los ojos, es la última visión de la retina que vuelve a presentarse. Los tres dedos de muerto. Blancos y cadavéricos. Abro los ojos.

Siluetas modernas y raras se dibujan en la pared. No quiero ver el techo. ¿Qué le pasa a ese vestido en ese gancho? ¿Lo he colgado mal? Tiene la forma de algo ahorcado. ¿Por qué colgaron ese vestido en esa forma absurda? ¿Por qué se ve tan pequeño y como rojo de sangre vieja y hedionda? Yo no lo he hecho. ¡Qué horrible ese vestido, qué espantosa y macabra la forma del vestido en el gancho!

Pasa un tranvía, allá lejos y la sensibilidad hecha un nudo de expectación deja las imágenes. De noche y toda la sensibilidad está en un punto solo. De día se esparce, se diluye. De noche oír más, vemos o sentimos independientemente. Ahora con el tranvía dejé de ver. No he cerrado los ojos, ni los tengo abiertos. No sé. Lo que pasa es que ya no veo. Oigo.

El sonido del tranvía que empieza con el rumor de hueco se hace órgano, rugido. Se engruesa. ¿Por qué tengo la obsesión de convertirlo todo en forma? Pero es así. Yo no tengo la culpa. Empieza fino y distante, en lista y se engruesa al ponerse en aproximación con mi poder auditivo, después se vuelve a adelgazar lentamente para ser de nuevo fino y distante. No sé dónde pasa ese tranvía. Sólo sé que con el tranvía pasa otra media hora.

Suenan los cláxones de los autos como ladridos de perros en celo. Ahora he dejado de oír nuevamente. Es sentir. El corazón late en el músculo. Me molesta. Pareciera que por mi sentir atento se va a parar de repente, que este golpear rutinario dejará de ser en cualquier momento. ¡Qué miedo! Si sigo se parará. Dejará de tocarme indiscretamente. Es que toca, se sabe como si empujara rítmicamente el cuerpo. No. Me voy a mover. Me estorba, me entra horror. ¿Qué pasa si mi corazón se para?

Doy vuelta. Están frías las sábanas. Allí donde termina la zona de mi calor al espectar se vuelve sólo incomodidad. Ya no oigo ni veo ni siento. Tiemblo. La cama. La sensación de dormir es la única realidad. Quiero captar el momento del sueño. Voy a estar alerta. Tendré cuidado de que la piedad esté suavemente colocada, de que las manos no opriman la respiración. Dicen que así se duerme mejor, del lado derecho. Espero. Ya han pasado muchas horas. El corazoncito tonto entre los almohadones sigue sonando. Vale que no da las horas.

Ya viene el momento del sueño porque no puedo abrir los ojos. Es pesado el cuerpo, el tranvía no se oye. El viento, ¿qué importa el viento? El vestido, los tres dedos de muerto. El corazoncito tonto. La respiración. Nunca había pensado si para respirar se levantaba el estómago o el pecho. Es el pecho. Sí, es el pecho. Pero yo sé que hay gente que mueve el abdomen para respirar. No. Siento que me voy a ahogar. Me entra angustia. Muevo todo el cuerpo, los brazos, las piernas, la cabeza para respirar. Salto. Me ahogo. Doy otra vuelta. Sin embargo, dicen que el lado izquierdo es mala posición para dormir. Ya no me dormiré nunca, pero como no puedo abrir los ojos es que estoy dormida.

Seguramente que estoy dormida. Y ahora cuando si no me he dormido tengo la íntima convicción de estarlo, amanece. Abro la ventana. Yo sé que amanece y a pesar de eso está oscuro. Es que debe haber amaneceres negros. Me siento en la cama y lentamente espero, espero...

San José, Costa Rica.

Repertorio americano, 27 de marzo de 1937

Un regalo

La sirena de los barcos, la niebla, el mugido de la vaca, el musgo, la nariz de los perros, el fango, todas las cosas húmedas del mundo se parecen al resentimiento. Cuando algo duele, no hasta herir, pero sí hasta maltratar, el espíritu se reblandece, se licúa como vela al fuego, y ocurren en la boca gestos húmedos que deforman los labios; en los ojos contracciones húmedas que anegan la mirada; en el espíritu reacciones húmedas que diluyen los conceptos. El resentimiento no tiene forma, o tiene la forma de todo lo esponjoso. No se proyecta, funciona hacia adentro, desintegrando gradualmente desde lo que ven nuestros ojos velados por el cóncavo cristal de la lágrima, hasta aquello que sentimos y que también se desintegra dejando en el recuerdo una imagen fantasmal. El resentimiento es una humedad del alma.

Seca y gris como la ceniza; seca y dura como la piedra; seca y movable como la llama; seca y fría como el metal; seca y quebradiza como el vidrio; seca y sonora como la campana; así es la soledad. Tocar por casualidad en la agitación de la calle el brazo de un hombre, no la remedia; rozar por accidente otra mano que ha quedado junto a la nuestra, tampoco. La soledad es ella dentro del bullicio; ella también en el silencio. Se mueve sin contaminarse entre las multitudes,

porque la aglomeración de los cuerpos no destruye su rígida integridad. Al que está solo algo seco y también impermeable le sucede en el alma. Se lleva a sí mismo como dentro de una torre, o dentro de una concha por doquiera que vaya; proyecta su soledad como un miasma y todos se alejan de él porque despide un tufo repelente. Al que está solo se le va empequeñeciendo el espíritu, agrandando el deseo como un hongo, desorientando el cerebro contra la pared sin eco del silencio, encogiéndose la voluntad hasta topar con el sordo límite de la inercia; se le van entorpeciendo los gestos hasta llevado al abortado gesto de la imbecilidad. Al que está solo le suenan cascabeles de locura en la cabeza; en las manos le vibran temblores eléctricos de impulso fallido; de sus pies van colgando caminos largos hacia ninguna parte; en sus ojos los colores giran hasta producir vertiginosamente la negación de todos los colores. Al que está solo le crecen murallas por enfrente; se le agrandan los seres humanos hasta monstruos; se le confunden con los árboles los gatos y las puertas. Los gestos ajenos han de proyectarse ante la vista del que está solo como visajes innobles, porque no son para él. Huye, pero su miedo es, como el valor, una huida hacia adelante. Huye porque el antídoto de la soledad no es la compañía: es la palabra.

I

Así, de tantas cosas miserables, estaba lleno aquel hombre solo y resentido. Se habían empleado en su fabricación ma-

teriales ruines; el desecho de toda la carne bella con que se construyó la humanidad. Como su destino fue estar solo, no necesitaba tener, para roerlos y consumirlos, elementos cordiales. Su pelo era de paja gris, con una capa de polvo obstruyendo lo que podría haber sido un digno brillo de plata o un frío chasquear metálico. Allí, a la urdimbre de aquella cabellera, no llegaría nunca el viento; a la raíz lijosa de su cráneo, no penetraría nunca el sol. Su piel era una mezcla de cristal y cera; se miraba blanca, blanca y pobre; parecía que se iba a quebrar. Todo lo líquido predominaba en él, y esa piel escasa le proporcionaba el aspecto frágil de una agua turbia que corriera bajo una capa de escarcha. La parquedad de la naturaleza había sido tanta, que para economizar lo hizo pequeño y endeble, lento y torpe, cobarde y tímido, insignificante y borroso. Nada de él podría recordarse cuando hubiera muerto. Tal vez... el brillo lastimero del vencido que había en sus ojos grises, o la humedad resbaladiza del resentido que aparecía en sus comisuras.

II

Concordancia en horas de salida y entrada; vecindad de puertas; uniformidad de pobrezas; familiar obsesión de estarlo mirando, le hizo casi llegar a tenerle miedo. Simbolizaba alguna raza caída, sin patria ni recuerdo. Cuando se encontraban frente a frente, se quedaba fijo con una lágrima seca y un implorante deseo de algo en la pupila. Al caminar por el pasillo se acercaba como para tocarle. Daba

espanto. Un poco de lástima y un poco de asco. Todo desagradable. Todo feo. Sintió también que el hombre olía a pescado, sin que esa reminiscencia marina abriera el horizonte de angustia que sugería. Todo cerrado. Vacilaba como árbol bajo el viento, sin que la reminiscencia vegetal estabilizara la realidad de su contorno. Todo oblicuo. Ni alga ni pino. Caminaba cayendo. Sus pasos no eran pasos, eran botes, saltos o sentones. Como canguro. Y esa reminiscencia animal tampoco carnalizaba lo inanimado de su figura. Todo nebuloso. Ni llanto, ni grito, ni carcajada, ni palabra. Era el silencio mojado del resentimiento, y la sequedad sarmentosa del ostracismo. Malo, eso era malo. Tocarlo habría de quemar o helar el gesto; mirarlo habría de cristalizar la luz; el que le hablara se quedaría con la boca abierta, petrificado, sal, mármol, en la infancia abortada del sonido.

Pero él trató de reaccionar. Humanidad. No era posible negarle compasión si llegara a pedírsela. Él haría un esfuerzo; o dos esfuerzos, o tres, si tantos eran necesarios para acercarse o, mejor dicho, para dejarse aproximar de un ser tan desprovisto de atractivos. Él lo haría. O esperaría que el otro lo hiciese. Así era como convenía... Esperar en los ojos grises una mirada que dijera algo; que de la boca torcida brotara un llamado; o que en la mano del hombre sucediera un gesto inteligible como alumbra un milagro al creyente. Él estaba lo más dispuesto a esperar. Esperar... Eso era algo que parecía hacer siempre el extranjero. Se le oía abrir su puerta con la prisa del que escucha un llamado. Después, quejido, la puerta volvía a cerrarse. Se asomaba a veces y se

retiraba luego como quien se esconde. Clausura de ausencia. Cascado y roto. Badajo... Era mejor esperar.

Una tarde, en el pasillo común de los departamentos, los pasos del hombre parecieron tomar una dirección definida. Hacia él venía, oblicuando la ruta en un corte sesgado que partía en dos triángulos el rectángulo oscuro del zaguán. Esperar. Eso era lo que él se había propuesto hacer cuando del extranjero surgiera un gesto inteligible. Y aquel lo era. Se plantó al pie de la escalera y tuvo la sensación de ser valiente. Esa sensación indefinida del que realiza algo superior a sus fuerzas normales. Sudor. En las manos. Las secó en la parte trasera de sus pantalones. No estaba bien. Raíces en los pies para esperar el líquido ser que venía caminando hacia él. Estaba echando raíces por un valor que tomaba prestado de recuerdos, promesas y principios lejanos. Cuando el hombre estuvo tan cerca que ya podría dirigirle la palabra, cuando realizó que aquella tendría la intención clara, la manifestación elocuente de ser para él, y que por tanto tendría que contestarla, no pudo resistir el envite blando de aquella agua, sus raíces se convirtieron súbitamente en pies, y comenzó, vuelta la espalda a la compasión, a subir la escalera. También dar la espalda, subir y avanzar, era en cierta forma estar esperando. Él se había movido, pero su propósito no estaba roto, porque todavía podría producirse la palabra. Escuchó: pasos, pocos pasos hasta el primer peldaño; luego pasos de vuelta en el pasillo; párbolas de sonido que se iban cerrando sobre la soledad de aquel hombre, hasta dejarlo encogido y flaco como un guion

de desconcierto en medio de dos líneas de esperanza fallida. Un poco de vergüenza. En él. Por cierto, que en él. Y otra forma de esperanza: «Será otra vez». Silencio.

III

«Será tal vez hoy», pensó cuando llamaron a su puerta. Quién sabe por qué se le ocurrió que sería el extranjero. Por eso también dudó antes de abrir. Se detuvo un instante. Sonó de nuevo el llamado. Y era él. El viento de la tarde se llevó sus palabras; un chorro de palabras, un aluvión de palabras fervorosas. ¿Pero en qué idioma? ¿Sería hebreo, o ruso, o rumano, o algún dialecto extraño de algún extraño país? Sonaban a piedra; salían de sus labios disparadas, y rebotaban con chasquido de leña quemada. Las consonantes hacían virutas de sonido, perseguidas por unas pocas vocales que no lograban darles alcance. La voz se hacía gruesa, luego, sin transición, aguda, después sorda, pero siempre vehemente. De pronto, decrecía como haciendo un punto, señalando un párrafo, redondeando un pensamiento; volvía a nacer chirriante —tirabuzón que extrajera con dificultad un concepto— y se resistía algo atorado en la forzada lengua del extranjero. Bailaban los sonidos una rara pantomima, y a veces una palabra sola, que no parecía sino grito, se levantaba de su boca, iniciaba en el cielo amarillo de la tarde la geometría de una ascensión difícil, y rendida, rodaba a los pies del hombre que bajaba los ojos como si la viera caer. Su silencio, preñado y duro, era entonces mucho más in-

teligible. En los breves instantes que la emoción dejaba en blanco, se metía esa angustia de derrota, de impotencia, de desesperación. Pero el hombre no se daba por vencido; gesticulando fuertemente volvía a reanudar el discurso, mordia sílabas y masticaba sonidos con la rabia deleitosa del que ha tenido su lengua atada mucho tiempo. Sin embargo, más y más miraba él crecer su desesperación, como si con el torrente se soltaran en esa alma sordos nudos, y aquellas no fueran expresiones sino los tremendos balbuceos de un niño que pidiera algo. Él debía tener, frente al extranjero, la cara embrutecida de estupor y los ojos dilatados de espanto. No lo había invitado a pasar, ni lo había detenido, ni lo había animado a seguir, simplemente lo escuchaba como quien escuchara una catarata con voz de pájaro; un pájaro que rugiera, como león, o un león que chillara como puerta mal trabada. Imposible. Todo imposible y absurdo entre ellos dos. La soledad no se rompe con la compañía, se rompe con la palabra. Y aquellas no lo eran. Las terribles vibraciones se iban compactando en la garganta angustiada de aquel ser raro; agrupando como ovejitas vencidas; trenzando como nudo o sollozo; se iban haciendo más y más roncacas, más y más lentas, más y más cargadas. Por último, con una loca carrera que tenía en la horrible lengua del hombre, el sonido de un cortinón de lluvia que batiera una tierra polvosa, o el golpe de abanico de la ola sobre una muralla de roca a la que toma de canto, las expresiones se desgranaron de su garganta en retirada. Alzó el brazo y lo dejó caer como si dijera «es inútil», abatió la cabeza sobre el pecho, y se fue

sin que él hubiera encontrado ninguna actitud que expresara su compasión o su deseo de entender.

IV

¿Piedad? ¿Qué era la piedad? Dos manos juntas como dicen los pastores protestantes. ¿Solidaridad? Él no sentía ese deseo amorfo de brindarse anónimamente a todos. Claro que su soledad era una soledad con pláticas, con visitas y amistades. Pero allí, en ese rincón de sí mismo donde el hombre existe para su propio regocijo o dolor, él también estaba solo. No compartía el tenaz espíritu de lucha de algunos que parecen empeñados en cansar metal hasta llevarlo a la rasgadura interna; ni tampoco la indiferente actitud de quien mira sin ver todas las cosas porque es como trapo, o como pasto que se levanta después de ser hollado, o como banda elástica que se distiende o contrae a la medida de un esfuerzo ajeno. No. Él estaba hecho de una angelical tolerancia, unida a una diabólica intransigencia. Tenía la blandura del que ha sido golpeado y su alma goteaba por las fisuras lentamente, derramándose poco a poco hasta la muerte. Su alma no saldría toda entera de él al morir: había ido saliendo por parcelas, en cada una de sus miradas, en su voz, y en cada uno de sus gestos. Así, hasta el agotamiento. Se daba lentamente, sin fruición ni empalago, casi podría decirse por una mansa comprensión inerme. Pero se daba. Tenía tan limitadas sus alegrías y había reducido sus penas a tan poco, que de todo ese esfuerzo sólo quedaban en él una capacidad para

el goce, intensa como la de un niño, y una memoria para el dolor, pasiva como la de una mujer. ¿Piedad? ¿Se puede sentir piedad cuando se tiene tanto asombro? La única emoción que rebasaba la medida de su temperancia era este. Él tenía, ciertamente, la capacidad también infantil de asombrarse de todo. Había trazado un límite muy estricto a aquellas actitudes que regulaban su vida; ya podía, por tanto, permitirse aquel lujo ante todo lo que no cupiera en ese parco molde íntimo. Asombro sano y jugoso, juguetón a veces, y a veces asombrado. Asombro que lo llevaba a la comprensión, porque asombrarse es admirar y admirar es comprender.

Ahora él y el extranjero se huían discretamente, como si al perder la palabra hubieran perdido toda posibilidad de reencuentro. Estaba mejor así, porque la presencia de ese hombre ponía angustia en su espíritu. Durante varios días oyó con más frecuencia abrirse la puerta vecina, los pasos apresurados, el bote de la hoja de madera, y después el eterno silencio del solitario. Aquel vacío se estaba haciendo tan sonoro, que casi llegaba a ser ruidoso. Cuando algo lo rompía, lograba un íntimo descanso para esa tensión sostenida. Se daba cuenta de que estaba reaccionando como una criatura, pero no podía evitarlo. Después de todo, no era posible eliminar sus temores inexplicables, ni controlar sus juguetonas alegrías. Él era así, no importaba la edad que tuviese; y no cambiaría porque un hombre, con peso de adulto y mirada de viejo, se interpusiera entre su clara conciencia y su borroso deber. Por eso lo evitaba y, para no oír el extraño silencio del vecino, se convertía él mismo en ruidoso.

V

La esperó con verdadero fervor, con ansiedad creciente. Se asomó a la puerta muchas veces, y no pudo evitar, ninguna de esas veces, echar una mirada a la del vecino. Cerrada. Hacía dos días que no oía nada, ahí. Pensó con molestia: «una nube parece irse formando sobre todo esto. Cuando le vea de nuevo tendrá niebla a su alrededor. Le crecerán algas o musgos en la cabeza y su lengua se convertirá en raíz. Malo. Muy malo».

Atardeciendo llegó ella. Puso sobre la mesa un paquete que parecía un tanto abollado; se sacudió alguna invisible pelusa de la falda, y después, súbitamente, cuando él ya no lo esperaba, le dio un abrazo juguetón y se sentó medio conmovida, medio agitada por la larga escalera.

—Te traje este pastel. Que cumplas muchos años felices.

Él tomó su regalo, dio las gracias y, sin desatarlo de su envoltorio, se marchó a guardarlo... Hacía las cosas en una forma un poco mecánica.

—¿No lo miras siquiera?

Ya comenzaba a jugar. Eso era bueno. Ella era así. De la niñez no vivida le quedaba un doloroso gesto que a veces contorsionaba su cara, y de la niñez soñada, sincera ingenuidad y malévolas picardías. Con su presencia graciosa y explosiva acabaría por sentirse bien y por olvidar al extranjero.

—¿Cuando a uno le regalan un pastel debe mirarlo?

—Pues me parece de elemental cortesía. ¡Eres tan descarado! Estuve una hora decidiendo entre un gótico, un mo-

dero y este barroco, no creas que para que tú lo vayas a guardar como si fuera una vulgar empanada.

—Di francamente que lo que quieres es comértelo. Te conozco... Pero, está bien, te voy a convidar. Desató los moños y miró. Luego, el índice acusador, la cara grotescamente seria (liturgia del juego) señaló una herida interna del dulce, disimulada con la lengua.

—¿Y esto qué es?

Ella puso cara de culpable, enfurruñada, un poco dolida de su propia gula.

—Eso es nada.

—¿Nada? Tú has andado con tu dedo dentro del pastel antes de dármelo. Juego. Milagroso juego que lo salvaría de la zozobra creada desde su encuentro con el extranjero. Ventura de que ella fuera así como ella era.

—¿Te das cuenta de que tiene torrecitas y balcones con flores? ¿Y que adentro de los balcones hay fresas?

—Como que metiste el dedo, o la lengua. Las cosas se dan enteras, o no se dan.

—Pues si quieres no te lo doy. Al cabo ya cumplí contigo: me lo como y basta.

—Mira. Para que veas que soy generoso, te voy a dar una tajadita. ¿Sonaba una puerta? No. Era él mismo rasgando el pastel. El cuchillo contra el plato golpeaba como la palabra aquella del hombre, que cayó a sus pies vencida. Un ruido metálico. ¿Tendría el extranjero resortes en la lengua? Mejor continuar no pensando, o pensando con ella y no con ese otro...

—¡Eres un tacaño! No parece que lo hubieras obtenido de regalo. Después de todo, en tu miserable vida has estado frente a un dulce tan hermoso como este...

—... Y con tan pocas probabilidades de comérmelo. Escucha, mujer; cuando yo era chico, pedía para mi santo un bote de leche condensada Nestlé y me lo engullía solito. Los mangos deben comerse untándose la cara con la semilla babeada. Las papayas, heladas y con limón. El mole, con tortilla. El pollo, con la mano. Los percebes, a puro dedo. Y los pasteles de cumpleaños, sin ayuda. La gracia del pastel no está en la medida, sino en el hartazgo, y posteriormente, en la indigestión.

Ella le interrumpió:

—Cómete tu parte, bastante más gruesa que la mía, por cierto, sin hablar tanto, y apúrate porque lo malo sería que llegara alguien y tuviéramos que compartir.

Llegara alguien... ¿Y si ahora el vecino tocara la puerta y los encontrara disputando? Él no iba a comprender que se llevaban tan bien. No entendería que ella daba la medida de esa beatífica amistad femenina que él necesitaba, y que él para ella era una especie de hermano benévolo, asexual e indiferente. Iba a soltar seguro un chorro de palabras y aquello cortaría el juego inocente que jugaban, tal vez para no pensar. Era mejor cerrar la puerta, hablar más bajo, susurrar. Para ella, aquello sería la continuación de la diablura infantil en que lo estaba envolviendo.

—¿Compartir qué...? ¡Aaaaah! ¿Te creías que vamos a seguir mermando mi pastel? —rio condescendiente—. ¡Anda!, cierra la puerta.

Ella rio también. Estaba salpicada de risa efervescente y su conversación pasaba a brinquitos, como el andar de un pájaro. Aún se sentaba en el suelo. Cuando hacía viento se le subían las faldas y tiraba para bajarlas todo lo que tenía en las manos. Les hablaba a los cobradores de los camiones para pedirles un cigarrillo allí donde no se puede fumar; detenía a cualquiera para preguntarle una dirección, y terminaba convidándolo a comer. El dar era para ella un don; querer, una merced que se recibe; y se le saltaban las lágrimas de pensar en la generosidad de quien por ella se dejaba querer. Si algo la emocionaba hondamente, si se la trataba con más que cortesía formal, con sincera bondad, vendría de seguro a las dos de la mañana, a pie bajo un frío de tres grados y sin abrigo, a tocar de nuevo la puerta para repetir su agradecimiento. A su alrededor nunca faltaba desorden explosivo. No de ese desorden que habla de inercia, indolencia o laxitud. No. El suyo era dinámico. Pareciera complacerse en esfuerzos para colocar las cosas en los sitios más inadecuados y para que todo tuviera aspecto de cataclismo. ¡Y vaya que no es fácil lograr tan depurado desorden! Son menester multitud de movimientos inútiles; se requiere gastar energía adicional. Porque el desorden es economía mal entendida de gestos para todo el mundo, menos para ella. Para ella todo era derroche, hasta su caos inmediato. Se desgastaba, y sin embargo siempre parecía estar tensa; en la partida, no en el agotamiento. Vivía en una embriaguez álgida que le daba a sus gestos la movilidad del mercurio. Por eso su picardía, mezcla de bondad divina y de infan-

til juguete, tenía giros dolorosos de un dramatismo que ella alcanzaba sólo con maldita sorpresa.

Cerraron la puerta. Por el borde se metía un frío, delgado y especial. Afuera se oían pasar como tormenta los tranvías y como llamado los automóviles. Se iba haciendo en la pieza chica ese calor tan humano de la compañía, de la broma, de la amistad buena, de las dos almas ingenuas.

—Ya que tú estás decidida a terminar con mi regalo, y yo de una blandura particular, te voy a ofrecer un vinillo sabroso, resto de Navidad. ¿Has visto cómo a uno lo ponen generoso estas fechas? Da ganas de tener dinero y regalarlo a los pobres que piden en los portales del Zócalo, y comprar juguetes para los niños que no tienen, y hasta quisiera uno prestar su cama a otro y quitarse de la boca el bocado para que coma el prójimo.

Ella se puso soñadora:

—Sí. Se recuerda muy particularmente aquello de «dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento». Sólo que tú y yo no tenemos dinero. Además, hace tanto frío, que hasta para sacar el monedero se piensa dos veces. Cuando todo enternecido vas a dar tu centavito, ya el mendigo está lejos. No se puede. Pierdes el camión o te atropella un automóvil, o te dan un empellón.

—Pero tienes el impulso. El impulso esencial de la generosidad, que es lo que importa. Algo conmovedor, o «conmovible» que nace con el invierno y la Navidad. Todo el mundo tiene deseos de ser bueno. La filantropía se pone de moda. Hasta yo, que no soy particularmente susceptible

a las modas (¿se nota, no es cierto?), sucumbo a la tentación. Es sabroso ser bueno. Da un calor especial hacia uno mismo. Se entibia la emoción y se irradia hacia adentro toda clase de sentimientos altruistas. Suelas tu tostón y te sientes todo santo, como si con la dádiva descubierta un mundo. Hasta se admira uno mismo: «Después de todo, ¡qué buen tipo soy!». Hacer estas cosas humildes consuela de los constantes pecados. Ten la seguridad de que yo, para estas fechas, estoy muy cerca de la beatitud. ¿Otra tajadita?

—Otra... desde luego. ¿Suena el timbre?

—Ahora sí es aquí.

—¡Cállate! ¡Estúpido! Habla bajito que pueden estar tras la puerta.

Tras la puerta... El vecino. Su irreverente lengua con resortes y tornillos; su pelo de paja gris; sus ojos llorosos de pez. Oír y no entender. Mirar caer las palabras y estar tan distante de él como de otro mundo. Pero estar después con la angustia terrible de que quedó algo pendiente, de que no se dijo nada y se ha dicho mucho. Ese hombre de estropajo. Imposible.

—No abras. Recoge las cosas con cuidado. ¡No hagas ruido!

—Apaga la luz. No te muevas tanto. Todavía queda mucho pastel.

—¿Pastel?...

Se hizo un silencio forzado. Cayó sobre los dos el doble silencio de la oscuridad. El llamado del timbre se repetía insistente, agobiador; primero enérgico, luego furioso, más tarde

esporádico y, por último, cuando ya los dos con los músculos tensos y todavía un bocado en la garganta comenzaban a aflojar la tensión, otro melancólico llamado que se pegó a la pared, entró, subió haciendo eléctricas cosquillas por la espalda de ambos, y se metió en su cerebro para quedar allí como un animalito perseguido. El mundo de todos los que llaman, de los que necesitan algo. Un lenguaje que tampoco se entiende porque no tiene palabras. Un timbre puede ser cualquier cosa. Es dramático porque es anónimo. Dentro de su sonido culebreante caben todas las conjeturas. Antes, cuando la gente llamaba con los nudillos, el golpe identificaba a la persona. Unos llaman seco, otros cortante y largo, otros nerviosamente. Bien. Pero el timbre no implica responsabilidad. Es la ignorancia. Y después de todo, aunque suene mucho, es también el silencio, porque los ruidos forman parte de él; sólo lo desbarata, como a la soledad, una palabra. El timbre, que no tiene palabras, es el silencio.

Se oyeron unos pasos tras la puerta. ¿Serían los pasos del extranjero? ¿Serían sus trancos salvajes y desacordados? Era mejor no pensarlo. No estaba para escuchar el aluvión de sus palabras sin palabras. ¡Qué modo raro de ser arrastrantes esos pasos! ¡Qué agonizante manera de repetirse uno después del otro! Entre cada golpe se metía un blando silencio prolongado y el pastoso ruido parecía pegar contra la noche, como si la noche fuera de esponja con agua.

¡Todo era horrible en ese hombre, hasta su paso! La pausa entre esos ruidos tenía forma, le parecía verla, la for-

ma irregular, de sus dos piernas. Era una pausa irregular, elástica, flexible, mojada y hasta hedionda.

¿Llegaría él a entender a falta de otra comunicación, el lenguaje de los pasos de aquel hombre? Recordaba cómo hablaban de desesperanza, de derrota, el día que él se volviera de espaldas para subir a su cuarto huyendo. Después, cómo de vencidos y elocuentes, pero enérgicamente elocuentes, estuvieron la tarde que le habló. Si algo en ese hombre pudiera tener color, sus pasos de aquel día estaban salpicados de manchas rojas, como enjoyados, como chispeantes. Y esta noche, ¡pobres!, parecían los de un niño perdido, con algo de rosa y tierno, como la garrilla almohadillada de un conejo, pero sin su saltarina gracia. No. Agonizantes. muriendo poco a poco. Arrastrándose. Tan lentamente que parecía la pierna quedarse en el aire mucho rato, estirando el triángulo de silencio, o el pie seguir el suelo uniendo la angustia a la angustia, la pena a la derrota. Tuvo impulso de salir corriendo, abrir la puerta y llamar al extranjero. Pero se detuvo. ¿Sería él? ¿O sería uno de sus amigos que inoportunamente aparecía...? ¿Y el pastel? ¿Y el juego que quitaba el desconcierto? No abrir. ¡Decididamente, no abrir!

VI

Lo despertó un dulce malestar en el estómago y el escándalo de personas que entre gritos y susurros hablaban todas a la vez. Recordó con ira sus literarias palabras de la noche anterior: «el encanto de los pasteles está en el hartazgo, y

posteriormente, en la indigestión». ¡Qué desagradable! Se levantó para averiguar qué cosa ocasionaba tanto alboroto. Al pasar por el comedor miró los restos del dulce sobre la mesa: un trozo todavía entero y un dorado hormiguero de migajones. Casi sintió vómito. Su estómago se rebelaba contra el desorden. Tenía el paladar amargo, los dientes sucios, la garganta como cuero. Hizo un mohín de desprecio:

—Barroco, con su punta de Luis XVI, fresas adentro, capiteles y balcones. ¡Uf! Descomposición anticipada de mi cuerpo. De las fresas han de salir gusanos. De los balcones culebras que me morderán las tripas.

Abrió la puerta.

Frente a la puerta del solitario, todas las vecinas, sus maridos en pijama y unos cuantos policías, discutían acaloradamente. Él sintió vértigo. Se agarró al marco. No tenía valor de preguntar. Pero tampoco hubo necesidad. Una vieja gritona aseguraba enfáticamente, sacudiendo el pelo desgreñado y como queriendo meter en el cuarto cerrado su picuda nariz:

—... dice el forense que murió de hambre.

¡Cuántos inconvenientes por alquilarle a extranjeros que no hablan nuestra propia lengua!

México

Repertorio americano, 20 de julio de 1948

De su oscura familia

Tenía el alma de páramos sin viento. Nada más desolado que esos ojos por donde no había ningún drama, carentes de lágrimas, de sonrisa y de miedo. Había venido a la tierra para dormir un largo sueño del que despertaría sorprendido sólo cuando hubiera muerto. Si la paz fuera un estado de inercia, él entonces estaba en paz con todo, hasta con aquellos que, rompiendo su rutina, lo hacían hoy desembarcar en lo desconocido, Pero la paz no es un estado de inercia, es un estado de combate cauteloso, de activa gestación anónima, de fecundidad aplazada. Por eso no se podía hablar de paz mirando sus gestos pasivos, ni de calma observando sus ojos abiertos y dormidos.

Adoptaba el hábito de la costumbre por no conocer otro, los modales del caballero sólo por falta de móviles fecundos. Río sin cauce, vivía una vida de lago que tampoco tuviera playas, ni eco, ni espejismo, ni reflejo, ni ola. Estaba antes de las cosas en un momento de edénica ignorancia como si la mano del creador se hubiera despedido de su forma sin comunicarle ningún soplo divino. Esta allí porque allí lo habían puesto las circunstancias. Hoy era un exiliado político sin credo; antes, un funcionario judicial sin vocación. Llegó a magistrado porque su padre lo hizo estudiar

Derecho, sus parientes lo iniciaron de alcalde, las circunstancias produjeron una vacante y, finalmente, murieron dos superiores jerárquicos que volvieron su designación inevitable. Su nacimiento no abrió en mayúscula ningún párrafo y su muerte no pondría un punto final a nada. Era sólo una coma accidental, fortuita. Con la misma carencia de tragedia y gloria, se convirtió, por obra de una revolución en la que no participara, en el exiliado político anónimo que hoy ponía pie en el suelo imantado de México. Lo acompañaban su mujer y tres hijos. Y se había casado y procreado sin amor ni pasión, casi sin elegir la compañera ni desear los hijos. Se había casado ¿por qué? Probablemente porque los hombres se casan. Eso era todo.

En el avión no sintió temor, lo más un poquito de sorpresa. A cada sacudida su mujer lo tomaba por el hombro angustiosamente, apretaba el brazo inerte y decía:

—¡Esto se cae, Raúl... se cae!

—No se cae —contestaba el hombre sin prisa. Ella pasó repetidas veces, en las varias horas, del terror al embelesamiento y de la añoranza temprana al recuerdo virulento.

—Mira allá abajo, Raúl. ¡Es fantástico!

Él miró. Pero ya lo que ella viera no estaba abajo. Junto a su cara, verticalmente, se erguía un telón de locura con un pedazo de mar rosado por el crepúsculo, extrañas barbas acuosas de un delta abierto, cuatro islas en ebullición inquieta, un pequeño barco trepando frenéticamente por la abrupta pendiente del paisaje.

—¡Nos caemos, nos caemos!

—Cambiamos de rumbo —dijo él.

La horizontalidad devolvió a la calma a su mujer.

—A esta hora —dijo— mamá pondrá la mesa para la comida, y nosotros no estamos... Todo por esos... ¡Son unos canallas! ¡Canallas!

—¿Quiénes?

—¡¿Quiénes!?! Me preguntas ahora... ¡quiénes! Los infames que nos quitaron todo y nos mandan a México. Esos canallas.

—¿Los revolucionarios?

—¡Pues claro! Los revolucionarios. Nos echaron y ahora tú no sabes ni siquiera lo que vamos a hacer.

—Vamos, supongo, a vivir en México.

—México —dijo ella amargamente—. Dicen que es una ciudad sucia donde te lo roban todo. ¿Por qué había de ser México, precisamente México que tanto me desagrada...?

—Yo no sé. Nos da asilo, debemos estarle agradecidos.

Volaron un rato en silencio. Un largo y pequeño rato porque en el avión el tiempo va embarcado como un pasajero más y nunca se sabe si transcurre un minuto o una hora. Y cuando la mujer repetía colérica «México que tanto me repugna», se cortó para observar vehementemente:

—¡Mira, Raúl, qué maravilla!

—Ese es México, que tanto te repugna —dijo él sin ironía, y miró.

Estrellas paralelas, inocentes, dándose la mano tibia en la oscuridad para afirmar la ruta; vertiginosas trayectorias de sombra; luces rojas y verdes y amarillas. Luces blancas en

grupo lechoso; luces vagas, desleídas, parpadeantes. Luces rectangulares, fugaces, herméticas; luces escalonadas, re-tadoras, altas. Cada vez más próximas, luces lentas, gemelas, de los coches y luces en haz, viajeras haciéndose guiños amistosos en el aire nocturno, entrecruzando sus líneas, convirtiéndose en una sola, abriéndose en ángulo, triángulo, rectángulo, agudo, obtuso. Luces del aeropuerto, y de la ciudad, y de los vehículos sobre México tendida y palpitante.

Nunca tuvo urgentes problemas económicos. Ahora tampoco. Tenía un cuarto para él y su mujer, otro para los niños. Les servían en esa pensión una curiosa mezcla de desayunos gringos con jugo de fruta, waffles y café, y pintorescas comidas yucatecas sin chile, con queso, tortilla, y hebritas sutiles de pálida carne helada. Era curioso que con esa dieta no ocurriera nada en los estómagos, pero positivamente no ocurría nada, ni indigestión ni nutrimento. Tampoco de la casa misma se desprendía ningún aliento definido, y cuando las cosas debieran reñir abiertamente, el color de la tarde, el canto de un pajarillo, el pirul del balcón o la voz de Chona, la criada, restablecían la peligrosa armonía. Peligrosa porque la vieja mansión porfiriana tenía en las paredes y en el techo de todos los cuartos guirnalda de rosas de yeso pintadas en colores pastel, amorcillos con lazos, allí donde el techo hace esquina, cornucopias desbordantes en el capitel de las columnas, cintas entrelazadas con hojas formando un círculo en los sitios donde antaño colgaran arañas esplenden-

tes de vidrio cortado, y hoy pendía el escuálido cordón de una bombilla eléctrica y abajo, como amueblado, sarapes de Saltillo y Toluca sirviendo de alfombras; estrepitosas tallas resquebrajadas con pretensión colonial y marca Lagunilla; *couches* americanos de magníficos resortes, sombrerotes de charro en las paredes, frágiles *bibelots* de vidrio soplado en todos los sitios y en los más inesperados lugares muñecones de petate montados en caballos de petate, y secas indias de petate con niños secos de petate también.

Cuando uno estaba de espaldas en el sofá, se desprendían del techo flecos de vals Strauss, y cuando uno se incorporaba, de los colores fuertes reventaba un grito violento de jarabe tapatío o un eco nasal de son huasteco. Por la intermedia zona neutral entraba un aire limpio, purísimo, y por el hueco del balcón se veía estremecerse el pirul y estremecerse el cielo alto y violeta de México, tan sensible a la luz como una piel. Esos elementos palpables, sedantes, restablecían la armonía entre la arquitectura y la decoración. Allí no pasaría nunca nada.

Chona, la india maya, hacía la limpieza; la patrona doña Mercedes, una yucateca plácida, guisaba la comida. Entre los dos polos domésticos, la mujer de Raúl paseaba su inadaptación plañidera y ronroneante. Tan hispida era la estructura mental de la esposa, que Raúl, acostumbrado a encajar en medio de algo cómodamente: su trabajo, su hogar, sus microscópicas alegrías, sus reguladas penas, comenzó a desplazarse hacia otra frontera, por hostil y huraña que esta lo acogiera, con tal de no contemplar el

espectáculo de Isabel desocupada, negativa, renuente a ver siquiera la ciudad como si fura el campamento de una sola noche, y no oír sus quejumbrosos monólogos constantes.

Vivía en la esquina de San Luis Potosí y Medellín a una cuadra de Insurgentes, la ancha vía blanca que parte de México como un pañuelo en adiós parte de la tarde. Así de fugaz pero inolvidable. Allí tomaba un camión y pocos minutos después entraba por las calles de Artículo 123, Hidalgo o Juárez, en el hormiguero vital del centro.

El centro de México no tiene una actividad puramente comercial, y es esto lo que la diferencia de cualquier otra ciudad. La actividad allí rebasa todas las fronteras. Es rítmica y también descompasada; subterránea y estrepitosa; elegante y populachera; noble y sórdida. El mexicano se mueve en ese caos con una suerte de recóndita certeza y el extranjero no detona, se funde. Esa movilidad secreta de la masa humana que a todas horas obstruye Madero, San Juan de Letrán, Gante, el Caballito, 5 de Mayo o el Zócalo, es la movilidad de una planta acuática, flotando en los vaivenes de la corriente, pero atada por una línea flexible a algo solitario y fecundo.

El tiempo en México se rige por la nota amarilla de su cenit, por la nota agria de su madrugada o por la nota violácea de su crepúsculo. La hora no depende del reloj que preside la esquina de San Juan y Madero, sino de la prisa para una cita aplazable en cualquier momento, o del alto inevitable y

placentero de un taco comido en cualquier puesto o de una conversación entablada en cualquier instante. México está siempre dispuesta a andar, a detenerse, a correr, a tenderse, sólo no está dispuesta a morir. Hay allí una vida que no tiene nada que ver con la prisa, ni con el tiempo; es una vida a veces agónica y a veces pujante, pero siempre en estado de contagio penetrante.

A Raúl le gustaba pararse con golosa fruición en el edificio Nieto y contemplar las dos corrientes increíblemente dispares que allí se encuentran: la elegante humanidad de Madero, poblada de mujeres enguantadas, de bellas piernas, mujeres perfumadas y distantes; hombres de abrigo oscuro, con caras animales de macho voraz y gestos de diplomático en acecho; niños con ayas uniformadas, autobuses lujosos, automóviles lujosos, tiendas lujosas. Y encontrándose en ese punto, transversalmente, la virulenta vía humana que recorre San Juan de Letrán: hombres de sarape, mujeres de reboso, niños harapientos, «boleros» insolentes, «pachucos», afeminados, vendedores de grito pelado, empleados grises, mujeres estrepitosas, morenas y como desnudas, taquerías, pulquerías, ventas de todo en el suelo, restaurantes baratos, mercadería barata, mujeres baratas. En la esquina de Nieto, frente al reloj, las dos humanidades se entrecruzan; el pachuco le cede el paso a la señora, el diplomático piropea a la hembra, el aya rica tira de un niño pobre a quien va a coger un camión, la mujer del pueblo envidia el traje de la dama y la dama envidia los pechos de la mujer del pueblo. Después las dos corrientes se van, ha vuelto el semáforo a

su luz de paso y la vía humana cálida va a perderse sobre San Juan hasta Santa María la Redonda y Cuauhtemotzin, mientras la vía humana helada va a perderse desde Madero a Juárez y Reforma, desde Madero al Zócalo.

Raúl miraba y sus ojos comenzaban a ver. Con una lentitud de ciego que aprende, poco a poco, pero ya había algo de humano en su pupila. Se despertaba allí, clandestinamente, un fugaz apetito del instinto o una codicia transitoria, o también, muchas veces, una cálida piedad hasta entonces desconocida. Pero los ojos de Raúl, todavía sordamente, participaban en el caos. Sus ojos, ya que no todo él, formaban parte.

Después se iba a la pensión de nuevo, a su mujer lamentosa, al silencio agrisado de Chona, a las cornucopias y los muñecos de petate. Y entonces sentía que no formaba parte.

Al principio quiso arrastrar a Isabel en sus recorridos:

—Vamos a la Villa de Guadalupe.

—No —decía ella—. Es sucio, me robarán, hay viruela.

Y Raúl se iba solo. Comenzó a levantarse temprano, tan temprano que casi partía con el último silbido del velador nocturno. Sin desayunar, sin bañar a veces, estremecido y urgente.

—Pero, ¿a dónde vas a estas horas? —preguntaba Isabel.

—Voy —contestaba él secamente.

—¿A dónde? —insistía su mujer.

—Hay feria en el mercado de La Merced. Quiero verla.

—Te robarán.

—¿Los calcetines sin quitarme los zapatos? —y sonreía al hacerse eco de un decir que los mexicanos inventaron para burlarse de su propio latrocinio. Y Raúl, sí, Raúl sonreía.

Le gustaba también, ¡y de qué manera!, mezclarse a la multitud de los mercados. A esa hora temprana llegaba el pescado desde Acapulco, Tampico y Veracruz. Todavía quedaba en esos cuerpos plateados un estremecimiento postrero, y al rodar la masa pegajosa de los furgones de carga a las canastas de los cargadores, en los millones de ojos fijos, opacos, se podía ver una como mirada implorante. Raúl la escrutaba, sádico, gozoso. Un pescado rebelde trazaba una trayectoria delirante y azotando de paso algún rostro caía en el torrente asqueroso del caño.

—¡Jijo'e su madre! —y una mano tan activa como la voz volvía el muerto animal al canasto.

Langostas, camarones y langostinos agitaban sus miles de patas sin perder, ni en la muerte, su signo grotesco. Raúl sentía un estremecimiento de asco y espanto recorrerle la espalda. Sentía garras en todo él. Sentía. Sí, sentía.

A esa hora temprana el vendedor estrena grito. Debuta en el aire de la mañana partiendo su alarido en dos un instante. El sol horizontal vibra, los olores todavía están dormidos, los lavadores empapados que limpiaron ya el mercado se retiran a dormir, los indios ensayan su lenguaje, el que en el curso del día y del uso, tendrá una pericia maestra para halagar, ofrecer e insultar.

A esa hora temprana sólo le llaman vacilantes:

—Güerito...

Y espera en vano la oferta que no llega. ¡Es tan temprano! Comienza a oler a guisote. Raúl en ayunas dilata el apetito. En un puesto michoacano venden «soricua». Va a comprar, pero...

—Usted dirá en qué se la echo...

Y ante el caldo de sangre de puerco duda si poner las manos o la boca. La india siguiere:

—Compre un pocito, su mercé...

Y su mercé compra un pocito. Al primer bocado una salivación reactiva inunda su boca; el chile entrecierra los ojos, luego zumban los oídos, luego un calor un calor espantoso hace presa de él, luego el calor se vuelve tibio, confortante, amigable, y con los siguientes bocados de soricua y tortilla una placidez estomacal beatífica lo invade. Tiene ganas de reír, de abrazar a la india y de comer más chile. ¿Por qué dirán que el chile pica? Bueno... sí pica, pero pica sabroso. Sabe, y todo él sabe, con sabor sabroso como si se hubiera vuelto fruta.

Lo rozan mujeres sucias que dejan hebras de pelo en su saco, lo empujan cargadores y lo insultan; él se deja insultar. Está contento. Un hombre empapado en sudor pasa a su lado dejándole la mano mojada. Él, que nunca ha sudado, recibe ahora un sudor ajeno. Hay algo tan vital en ese líquido salobre, que, si no fuera absurdo, él lo probaría. Pone la mano al sol y las gotas brillan allí como si fueran suyas. Cálido licor, de color del rayo que lo hiera, hecho a la medida de un es-

fuerzo humano, producto auténtico, tan auténtico, que aún allí, en una mano extraña, es siempre valor positivo. No lo seca, lo mira secarse sobre su piel al calor prodigioso del sol. Todavía cuando ha muerto, deja una costra salina, sobre su piel blanca una arquitectura de escarcha, la ramazón fugaz de un pólipo marino, una cubicación de filamentos, mientras él se siente contagiado, preso, y una euforia delirante mueve sus pasos y anima su mirada. ¡Está contento!

La selva de gritos se tiende sobre él, lo defiende la soledad, y a cada momento rompe con una oferta el cristal de su indiferencia anterior.

—¿Un vestido? ¿Se lo prueba?

—Compre, güerito...

—Como hecho a su medida, chulísimo, compre, güerito...

Frutas, verduras, trajes, zapatos, cintas de colores, vajijas, canastos, mujeres, perros, coches, autobuses, de todo. Plácidamente, sobre los rieles del tranvía, un hombre extiende con precisión su carga de naranjas. Trata con una mujer, y cuando el tranvía llega, ha calculado tan bien, que el vehículo pasa sobre la mercancía sin tocarlo ni moverla. Impasibles, el marchante y la compradora vuelven a unirse y a gritos, reanudan el trabajo sobre la torre de naranjas.

Un ímpetu contagioso lo posee: él tiene que comprar algo. Debe compartir en alguna forma la actividad circundante, no puede ser sólo un espectador pasivo. Y mira tan-

tas cosas que sin saber qué elegir, se decide por un muñeco de petate.

De no ser por sus ojos y el peso retrospectivo de su abulia, Raúl habría tenido facciones enérgicas. El mentón duro, la barba cerrada, la nariz larga y recta, la frente alta. Vestía con corrección inusitada; algo de immaculado y abstracto presidía sus gestos. Pero un matiz endeble le quitaba gravedad, sobre todo hondura, a su presencia.

Su mujer estaba hecha de elementos añosos: la piel cetrina, los ojos color tierra, los dientes calcáreos, el pelo grueso, la boca carnosa. No era fea. Sólo que sobre ella no había nunca soplado un viento de primavera. Él era fugaz, ella pétrea.

Y así, con tenacidad de hiedra, se aferraba al pasado. Repetía los ritos domésticos disciplinadamente y sólo se movía para salir si el acontecimiento era capaz de producir en ella imágenes retrospectivas. Iba a la iglesia, a cualquier tienda chica, a algún cine de barrio, porque esos sitios le recordaban su tierra. Pero nada más. Decididamente hostil a todo lo nuevo, odiaba a México, tan nuevo y tan diferente.

Llegó a odiar también la sorprendente actitud de su marido. Estaba acostumbrada a prever sus movimientos, adivinar sus ideas, regular sus hábitos. Y ahora, todas las previsiones no bastaban para controlar el desorden interno en que él vivía. Una especie de embriaguez, un estado de álgida conciencia, una secreta avidez lo informaban. Y entonces tuvo celos.

¿Para quién se vestía Raúl con esa prolijidad anhelosa? ¿Por qué había comprado corbatas de suave tejido y raro color? ¿Qué amigos, qué amigas lo acompañaban a todas horas? A veces, telefoneaba desde el centro:

—Isabel, llamo para avisarte que no llego a cenar. Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—¿Alguien de allá o de aquí...?

—Un mexicano.

—¿No será una mexicana?

—Isabel, jamás me ha gustado que me interroguen. Nunca lo habías hecho.

—Tal vez porque no había nada que preguntarte.

—Tal vez —dijo él y cortó la comunicación sin despedirse.

Sufría la urgente llamada de los sitios nuevos, y de aquellos en que él iba a su vez encontrando su propio sitio. Se sentaba, en el restaurante Prendes, donde el salón tiene un aspecto transitorio tal, que luego sólo podía recordar los manteles blancos, los saloneros sin aire concupiscente ni cónnive, el aspecto floral de los rabanitos cortados y la blancura sospechosa de un tallo de apio. Veía sentarse a los clientes y discutir con grave seriedad el menú. Se sentía súbitamente incluido en un todo amable por el gesto familiar con que lo recibía el mesero. Elegía con fruición la mesa calculando la luz, la vecindad de un francés que siempre discutía los vinos, o el calor chispeante de un grupo de andaluces

expatriados. Y abría los ojos con deleite, los oídos con sorpresa, el paladar con gozo. Estaba aprendiendo a comer con la salvaje liturgia de un mexicano auténtico, que se permite el lujo de traicionar a su propio estómago para gustar un pato en naranja, un *T-bone steak* o un manojo de repulsivos y deliciosos percebes. Había llegado a dominar el itinerario gastronómico de México y su sordo paladar de antes lo acosaba con antojadizos pedidos que él satisfacía como se colman los caprichos de un hijo tardío.

Después, gozosamente, salía a encontrar la ciudad. En sus monumentos, en su clima y en su humanidad. Y como un asceta descubriendo fórmulas, dividía deslumbrado la muchedumbre de la calle hasta dar con la unidad de una muchacha de ojos justos, helados, transparentes; o multiplicaba la arquitectura del edificio. Vizcaínas por la noche y el viento, placiéndose en acariciar con la mirada, a veces con la mano, la piel áspera y morena, sólida y liviana del «tenzontle» de la fábrica. Más suave que el granito, más noble que la madera, más plástico que el mármol, el tenzontle abarca además toda la gama calidad de los ocres y rojos, desde el pardo Alizarín, el pardo Jacaranta y la sombra tostada, hasta el pararrojo y el azar. Y cuando las tolvaneras de Texcoco informan de amarillo su superficie, parece una vegetación espuria que, por un exceso de lujo, hubiera nacido sobre el pétalo de una rosa para darle más extraña calidad. Ahora, en invierno, el tenzontle es vibrante, en verano, el tenzontle era fresco. Raúl pasaba el dorso de la mano sobre la piel del edificio y admiraba la vejez augusta de las puertas, de las ventanas

distorsionadas por el hundimiento del casco monstruoso en el suelo inestable de México. Tenzontle, polvo, viento, luz y lluvia eran sus amigos.

Salía temprano a encontrarla y regresaba de encontrarla tarde. Una vez lo sorprendió el amanecer en Tacuba, bajo el árbol de la noche triste. Sorbiendo con dolor el dolor de aquel hombre verdadero, Cortés, que pasó allí su más amargo insomnio, sin llegar a descubrir que no velaba sólo porque México estaba con él para acompañarlo y que lo acompañaría ya por siempre.

Veía entrar a las parejas en los hoteles sin recatarse, los veía darse largos besos transitorios en los parques, y se acercaba a la piel profunda de las mujeres, a su íntimo oscuro, a sus huesos geométricos, entregando y tomando cada vez como si fuera la última vez. Las mujeres hacían viajes por la pasión; los hombres tripulaban su esperanza siempre sin remordimientos porque con ello no traicionaban su raíz última ni su voto primero. No es allí donde el ser humano se traiciona; no en lo que se asemeja, sino en lo que desemeja. Se hiere a sí en lo muerto; lo muerto está siempre extrañamente vivo y hay que matar lo muerto antes de poder hacer brotar el vivo. Él había vegetado hasta entonces en todas sus defunciones, y sólo ahora, con esos hombres que se parecían en lo vital, con estas mujeres que se entregaban en lo vivo, él esperaba el verdor de una nueva cosecha. Estaba dispuesto a contaminarse de todo, sólo por el deleite prodigioso de participar.

Vivía ahora en derroche y orgía, pero algo sereno, algo eterno como el precario equilibrio de un muelle en la tarde, hacía siempre atracar sus sueños al agua tibia de un final descubrimiento. Estaba para ello parado en la tierra donde lo fecundo preside, donde la palabra «madre» ocupa desde la bendición hasta el insulto y el padre no es nadie, puede ser cualquiera, porque México es mujer, hembra, señora.

—Es una verdadera vergüenza que vengas a esas horas. ¿Te parece poco las tres o cuatro de la madrugada lo menos dos veces por semana? Nunca habías hecho esto. Y ahora, te niegas a acompañarme.

—Me niego —dijo Raúl como un eco.

Isabel ensayó la nota suplicante.

—Raúl, esa gente nos puede ayudar a regresar... Están extendiendo permisos aislados a personas que no intervinieron activamente. Tú eres uno de esos.

—Desgraciadamente —confirmó él.

—¿Qué querías, pues? ¿Haber tomado un rifle y salido a disparar? ¿Haber muerto a alguien?

—Haber participado, participado...

—Bueno... Dejemos eso. ¿Vas a acompañarme?

—No.

Isabel se irguió furibunda:

—¡Pues yo te he de arrancar de esta ciudad maldita! ¡Volveremos! ¡Estoy harta de esta pensión, de la gente, de la comida! ¡Estoy harta! Quiero regresar y voy a conseguirlo. No me pasaré el resto de mi vida metida en estas cuatro pa-

redes, con los niños poniéndose flacos y pálidos y enfermos. ¡Estoy harta!

—No los sacas... ¿Cómo quieres que estén sanos?

—Hay viruela, tifus, fiebre de Malta. Y dices que los saque...

—No sabía yo que todos los niños mexicanos estuvieran enfermos.

—Lo están, aquí no hay leche que lo sea, ni queso, ni mantequilla. Nos vamos de esta ciudad llena de mujeres... y de hombres... —agregó para ocultar su recóndito celo.

—Una ciudad llena de mujeres y de hombres... —ratificó él para verbalizar su íntimo pensamiento. De hombres y mujeres—. Tienes razón.

—Entonces, ¿vas a acompañarme?

—Entonces, no voy a acompañarte.

Isabel se arrojó llorando sobre el *couch*. Él sentía sólo infinita indiferencia. La miraba estremecerse sin que él pudiera estremecerse por ella. Isabel estaba allá en el recuerdo, él, que no tenía recuerdos, se sentía incapaz de compartir esta pena. Al cabo de un rato la mujer se levantó desilusionada y amargada. Ya no lloraba. Estaba retadora:

—Está bien. Tendré que hacerlo sola, pero lo haré. Nos iremos. Al cabo no tienen nada que cobrarte. Muy pronto te traeré el permiso y entonces vendrás conmigo.

Se arregló frente al espejo. Peinó su mata de cabello grueso. Alisó su ropa. Salió para dar una orden a Chona sobre los niños y regresó para sacar una carta que le tendió a Raúl:

—Ya que sales. Porque supongo que sales...

—Salgo ahorita.

—Pon esta carta en el correo. No aquí en el barrio, sino en el correo central, área y entrega inmediata. Quiero tener esta semana una respuesta. La pido además por cable y entonces...

Raúl se ponía, entretanto, su mejor corbata. También peinó sus cabellos, pero con lenta prolijidad. Cogió el abrigo porque hacía frío, era noviembre. Al cerrar él la puerta del cuarto ella volvió a abrirla tras su marido para decirle a gritos, retadoramente:

—¡Entonces, nos iremos! ¡Dejarás a esa mujer que tienes!

Al poner el pie ya en la calle, Raúl tocaba el vientre de «esa mujer» fecunda.

¡San Juan de Letrán a las siete de la noche! ¡San Juan de la magia y el embrujo! Milagros a la venta para ser inventados por el comprador. El frío que vería entrando geométrico por las vías estrechas de 16 de Septiembre, Madero, 5 de Mayo y Tacuba, al llegar a San Juan, suelta la cabellera, enloquecía. Se arrojaba de un lado a otro, metía la mano por debajo de una ropa, peinaba una cabellera como si fuera un pino, ceñía un talle como si fuera un brazo, levantaba del sueño la mercancía del vendedor como si fuera un niño. Raúl se entregaba al juego. Comprando cosas inútiles, comiendo sin apetito, mirando las postales para hombres, escuchando una oferta, leyendo todos los carteles, viendo una transacción furtiva. Avanzaba tan poco, que al llegar frente al Pala-

cio de Bellas Artes ya la noche transparente había caído del todo sobre México. México, insomne, velaba el gozo de sus hombres, el dolor de sus hombres, el sueño de sus hombres.

Se detuvo de nuevo a contemplar un milagro callejero. Sobre un trapo negro, un hombre hacía bailar tres esqueletos desarticulados. Los muñecos se erguían, saltaban mientras el hombre, sin mover las manos, con palabra vibrante, dirigía sus cabriolas. Luego ofreció su pintoresca mercancía. Raúl compró un par de monigotes. «Los hará usted bailar», dijo el hombre. Él sabía que después, en sus manos, no se moverían más. Pero había comprado un milagro, y los milagros, para que sucedan, hay que inventarlos. Él estaba comprando con eso, no el milagro de los muñecos, sino su propio milagro.

Metió la mano bajo el saco y tocó la carta. Aérea, entrega inmediata, nos iremos, dejarás a esa mujer que tienes... sacó el sobre y lo llevó en la mano; ya estaba cerca. El Palacio de Bellas Artes, en su desnudez nocturna, hasta parecía hermoso. Todo lo innoble de su arquitectura afrancesada, todo lo ostentoso de sus mármoles de colores, toda su grotesca robustez, desaparecían con la noche. Sobre las cúpulas doradas, un rayo de luna y un rayo de luz competían a sacar chispas móviles. Se dejó arrastrar a prisa por el tráfico febril de la avenida. Lo empujaban. Lo forzaban a avanzar. Él se entregaba. De pronto, el torrente atracó en un costado del edificio.

Y allí lo ancló la angustia. En una entrada lateral, sobre la lujosa escalinata, veinticinco o treinta bultos huma-

nos, que lo mismo podían ser hombres o mujeres, alumbrados por una lamparilla de gas, yacían en todas posiciones. Unos tendidos a lo largo, otros sedentes, otros arrebujados en ellos mismos. Los más, como esas figuras mexicanas que la industria ha convertido en vulgares: sentados, los brazos anudando las piernas bajo el sarape negro o gris, el enorme sombrero ocultando la cabeza y rodillas, inmóviles, silenciosos, trágicos. Un cordón de policía separaba los indios del público interrogante. Tuvo que preguntar a su vez. Le dijeron:

—Son huelguistas de Aguascalientes. Llevan doce horas en huelga de hambre.

El que lo informara miraba el grupo como electrizado, con un brillo amenazante en los ojos, hasta cierto punto, gozoso o agresivo. Hizo un gesto enérgico con las manos y dijo:

—¡Así se hace! ¡Son muy machos! ¡Un hombre no debe dejarse! Ya lo verá usted, aguantarán hasta morir; un indio no se raja.

—Pero, ¿qué piden? ¿Cuál es la causa de la huelga?

—No sé. Acabo de verlos. Pero tenga la seguridad de que caerán muertos antes que rajarse. Y hay mujeres entre ellos. ¡Así se hace!

Quiso preguntar «¿así se hace qué?», pero no se atrevió. Fue hasta la próxima esquina, puso la carta, y su acto le pareció terriblemente inútil.

Volvió al día siguiente en la mañana. Y al otro día, y al otro. Allí estaban siempre los huelguistas, inmóviles, yacentes,

silenciosos. El mismo grupo de público los rodeaba, y la policía también conservaba un cerrado mutismo. Parecía que estuvieran con ellos, no contra ellos. Raúl estaba cada vez un gran rato, después bajaba despacio San Juan de Letrán, sin poder mirar los vendedores, las piernas de las mujeres, ni los escaparates ni nada.

Sentía vergüenza de su futilidad, de su hartura. De su vida gratuita, dada a ningún contacto. No hay que venderse, se decía, y yo me he vendido. Me he vendido a la molicie, a la inercia, a un gobierno en el que no creía, a un trabajo que sólo a mí me reportaba el beneficio del dinero.

Yo, se dijo, era el hombre que administraba justicia. Y tuvo más vergüenza.

Esa tarde su mujer lo recibió desde el balcón sacudiendo jubilosa un papel azul en la mano. «Es el cable —gritó—, te dan permiso».

Luego, cuando Raúl entró, saltaba alrededor de su marido monologando:

—Tengo todo listo, los pasajes separados para mañana, los pasaportes visados, todo, todo. Ya hice el equipaje. Nos vamos en tren porque no quiero de nuevo el peligro del avión. En tren hasta Guatemala. Luego veremos. ¡No más leche podrida, ni mantequilla rancia, ni tifus, ni viruela... ni esa mujer!

Se detuvo ante la extraña pasividad de su marido.

—¿No te alegras?

—Sí, me alegro —dijo él mecánicamente. Luego agregó: Llevan ya cincuenta y seis horas.

—¿Cincuenta y seis horas de qué?

—De hambre. Los huelguistas de Aguascalientes en Bellas Artes.

—¿Y a mí qué me importan los huelguistas? Vamos a comer. Es hora.

Y entonces, de repente, todo lo anterior le pareció mentira. Hasta hoy, hasta aquí, él no había compartido nada. Ni su tierra, ni su matrimonio, ni su trabajo, ni la revuelta que lo derrotara y lo pusiera en México. Nada. Toda su vida había sido una sucesión de pequeñas muertes repetidas. Había estado sólo muriendo. Y hoy iba a matar por fin su muerte. Su mentira.

Eran verdad esos hombres que no vuelven la cara al cielo, implorando bendiciones, sino a la tierra, hundiendo las fértiles raíces de sus rodillas en ella. ¿Qué importaba por qué lucharan? Lo importante era compartir algo verdadero. Y es verdad el hombre que se busca a sus propias plantas. México lo había incorporado a sus goces, a la carne de sus mujeres, y hoy a las lágrimas de sus hombres. Contener la palabra era estar con ese gran silencio.

La primera actitud de entrega total que gozara, se la había dado esta tierra extraña con sus hombres rebeldes y sus mujeres palpitantes. Allá en la pequeña ciudad donde todos sabían su nombre, él era sólo eso, un nombre. Aquí, anónimo, era algo de lo que lo rodeaba, un átomo, cualquier cosa, pero era, formaba parte.

Caminó, volviendo siempre de cuando en cuando a los huelguistas tenaces. Oyó la medianoche caer alta desde las campanas de la catedral. Sintió hambre y sonrió. Después se fue a acostar.

En la euforia del viaje, su mujer no dijo nada ni formuló reproches por el retraso. Se levantaron temprano y ella, amigable, lo invitó a un desayuno rápido; el tren salía a las ocho.

—Yo no como —dijo él.

Te marearás, es malo viajar con el estómago vacío.

Pero Raúl no contestó ni comió. Dócilmente tomó las maletas, cargó en brazos a uno de los niños hasta el automóvil; en el camino besó a los tres varias veces. Luego llegaron.

Acomodó a su mujer, se preocupó de todos los detalles. Está contento, pensó ella. Ya al partir el tren él se puso en pie, sonaban los últimos silbatos, y los empleados recorrían de prisa los coches.

—Tú te vas —dijo él. Yo me quedo. Adiós.

Isabel lo miró estupefacta. Era demasiado tarde para hacer nada. Después, quizás después...

Sólo supo argüir espantada:

—¿Es esa mujer?

—Sí, esta mujer —dijo él.

Y mientras el tren comenzaba a correr, agitó, desde abajo, sonriendo, un pañuelo blanco.

Volvió despacio a Bellas Artes. Todavía estaban los indios inmóviles. Todavía tenían la misma posición de pétrea espera. Raúl se situó al frente y se supo uno de ellos, de su oscura familia. Llevaba ya, sin comer, dieciséis horas.

A su vez, fue interrogado por otro espectador, y contestó dócilmente:

—Son huelguistas de Aguascalientes. Llevan setenta y tres horas de hambre.

—¿Pero qué piden? ¿Cuál es la causa de la huelga?

—No sé —dijo—. Pero eso no tiene importancia. No se rendirán, puede usted estar seguro. Son hombres junto a esta tierra, luchando.

Revista Mexicana de Cultura

Yolanda Oreamuno

Nació en San José, Costa Rica, en 1916. A los dieciséis años escribe su primer cuento «La lagartija de panza blanca» (1932) publicado años después. Se casa joven y enviuda al poco tiempo tras el suicidio de su esposo, el ciudadano chileno Jorge Molina Wood. En 1936 conoce a su segundo esposo, Óscar Barahona. De este matrimonio, en 1942, nace Sergio, el único hijo de la pareja. Sin embargo, el matrimonio terminó en 1945; separada de su esposo y lejos de su hijo, Yolanda se volcó a la escritura. Vivió un tiempo en Guatemala y optó por la nacionalidad guatemalteca, para mudarse a México tiempo después, donde fue recibida por la poeta y compatriota, Eunice Odio. Al dejar México e instalarse en Estados Unidos enfermó de gravedad y estuvo hospitalizada en Washington. Oreamuno volvió a la Ciudad de México y murió en casa de su amiga Eunice Odio el 9 de julio de 1956. Su obra abarca la escritura del ensayo, narrativa (novelas perdidas) y artículos literarios publicados en la revista *Repertorio Americano*. La única novela *La ruta de su evasión* (1948) sigue siendo objeto de estudio.

Contenido

La lagartija de la panza blanca	4
Vela urbana	8
Insomnio	18
Un regalo	24
De su oscura familia	42
Acerca de	
Yolanda Oreamuno	66



Editorial
Cultura